

4º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 4,21-30.

En aquel tiempo, comenzó Jesús a decir en la sinagoga:

-Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír.

Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios.

Y decían:

-¿No es éste el hijo de José?

Y Jesús les dijo:

-Sin duda me recitaréis aquel refrán: «Médico, cúrate a ti mismo»: haz también aquí en tu tierra lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún.

Y añadió:

-Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías más que a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado más que Naamán, el sirio.

Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo.

Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba.

DE VERDAD, ¿CONOCEMOS A JESÚS?

Es claro que Jesús no fue una persona bien acogida en su pueblo. En Nazaret posiblemente le conocían como se conoce a un vecino, como al hijo del carpintero y de María, sin profundizar mucho más.

Seguramente creían conocerle y sin embargo le desconocían profundamente. Jesús tuvo que sufrir en su pueblo una gran indiferencia llena de prejuicios por parte de sus vecinos, tanto es así que llegó a decir aquella frase que se ha hecho célebre de que “nadie es profeta en su tierra”.

Quizás, hoy, nosotros también conozcamos a Jesús desde el barniz de las pinturas o de las imágenes o simplemente de la literatura, que nos puede ofrecer, según qué intereses, una imagen poco precisa o incluso fuertemente distorsionada de la realidad de Jesús. En el mejor de los casos quizás dispongamos de alguna imagen bienintencionada, aprendida en épocas pasadas, que glose su persona.

Es claro que, ni antes ni ahora, se reconoce la grandeza de su persona y, por otra parte, también es claro que

Sólo conoce a Jesús quien se ha fiado de su palabra y quien ha quedado seducido por su presencia.

No como alguien todopoderoso que domina a su antojo las leyes de la naturaleza, sino como alguien todopoderoso que nos revela las leyes de Dios, esas leyes que gobiernan la vida del hombre y lo conducen a Él.

Sólo se le conoce desde el corazón que ora y que ama o desde el testimonio que muestra con obras sencillas y cotidianas el amor que le envuelve y le llena la vida.



Sólo así podemos decir que Jesús no es un extraño profeta en nuestra vida, sino un Dios cercano que habita en nuestra casa, un Dios que siempre tiene sus brazos abiertos para acogernos, para rescatarnos del mal.

Con Él convivimos, a Él le vamos a contar nuestras cuitas buscando el consuelo en los sinsabores, cuando la vida parece que nos quiere acorralar.

A Él vamos también a agradecerle los dones, las muchas alegrías con las que también nos sonríe la vida.

Y descubrimos que ese Buen Dios, es el mejor amigo, que sabe reír y sabe llorar y esto porque le importa nuestra vida, nuestro destino y nuestra paz.

Jesús, sin ser un cualquiera, quiere ser uno más entre nosotros. Alguien que no sólo es el Camino, sino también el Caminante que camina a nuestro lado y que nos acompaña en cada momento de la vida. Descubrir esta vivencia es conocer a Jesús, lo demás, puro barniz.

¡Hoy es el mejor día para desear conocer a Jesús!

¡Que así sea!

3 de febrero de 2013
Parroquia de Betharram